

GREGORIO HERNÁNDEZ DE ALBA

Cuentos de la Conquista

Comentarios a la presente edición

Carlos Hernández de Alba, Roberto Pineda Camacho, Lorena Daniela Robayo Cuevas
y Laura María Martínez Ramírez

Instituto Colombiano de Antropología e Historia
Bogotá, 2021

Hernández de Alba, Gregorio, 1904-1973

Cuentos de la Conquista. / Gregorio Hernández de Alba - Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH, 2021.

118 páginas; fotos, ilustraciones; 22.5 x 22.5 cm

ISBN: 978-958-8852-95-9

1. Animales-Cuentos y Leyendas / 2. Costumbres indígenas / 3. Cuentos colombianos / 4. Indígenas de Colombia / 5. Colombia-

Historia-Colonia, 1550-1810 / I. Hernández de Alba, Carlos, prologuista. / II. Pineda Camacho, Roberto, prologuista. / III. Robayo

Cuevas, Lorena Daniela, prologuista. / IV. Martínez Ramírez, Laura María, prologuista. / V. Instituto Colombiano de Antropología

e Historia ICANH.

868.986 SCDD 20

Catalogación en la fuente; Biblioteca Especializada ICANH.

Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Calle 12 n.º 2-41 Bogotá D. C.

Tel.: (57-1) 4440544

www.icanh.gov.co

Nicolás Loaiza Díaz

Director general

Francy Morales Acosta

Subdirectora científica

Mabel Paola López Jerez

Coordinadora de Divulgación y Publicaciones

Ivón Alzate Riveros

Coordinación editorial

SeaCat Studio · Diana Murcia

Diseño de colección

Henry Ramírez Fajardo

Diagramación

Sebastián Cristancho

Cubierta

Primera edición: abc, 1937

Segunda edición: ICANH, julio de 2021

isbn: 978-958-8852-95-9

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2021

Carlos Hernández de Alba, Roberto Pineda Camacho, Lorena Daniela Robayo Cuevas y

Laura María Martínez Ramírez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, por ningún medio inventado o por inventarse, sin permiso previo por escrito del ICANH

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia

Contenido

Comentarios a la presente edición

Gregorio Hernández de Alba y *Cuentos de la Conquista*
Carlos Hernández de Alba

9

Cuentos de la Conquista y la dignificación de los indios e indias del antiguo Nuevo Reino de Granada

Roberto Pineda Camacho
Lorena Daniela Robayo Cuevas

13

Los maestros Rómulo Rozo y Carlos Reyes.
Dos artistas de la vanguardia estética en Colombia

Laura María Martínez Ramírez

31

Carta de Rómulo Rozo dirigida al autor

37

Cuentos de la Conquista

Motivo

52

I Doña Francisquita

55

II Salteadores de caminos

61

III Por justicia y por amor
65

IV Las mujeres de Itupeque
69

V Las brujas de la loma
73

VI Un héroe panche
79

VII La serrana del Opón
83

VIII Los palenques gloriosos
87

IX Undachí, el cura indio
93

X Así fue la Conquista
97

XI El tigre burlado
103

XII Nemequene
109

Bibliografía
117

Comentarios a la presente edición

Gregorio Hernández de Alba y *Cuentos de la Conquista*

Carlos Hernández de Alba

El presente volumen es una reedición fiel de *Cuentos de la Conquista*, según los textos originales publicados en 1937. Incluye, además, una semblanza de Gregorio Hernández de Alba que he escrito desde la intimidad familiar, y una completa presentación de su vida y de su gran interés por el indigenismo, escrita generosamente por Roberto Pineda y Daniela Robayo.

Quiero mencionar tal como los vi y los viví, los dos grandes amores que tuvo mi padre, Gregorio Hernández de Alba: su familia y “creer en lo nuestro”, con su gran preocupación por el presente y el futuro de las comunidades indígenas.

Era el año 1937 cuando se publicó el libro *Cuentos de la Conquista*, yo tenía cuatro años de edad y mi hermano, tres, y a pesar de nuestros pocos años, él nos dedicó el libro, y a mamá, el cuento “Así fue la Conquista”. Es fácil ver sus intereses al leer las dedicatorias que escribió para mi hermano y para mí en los ejemplares que guardó para entregárnoslos cuando ya éramos adolescentes.

Mi dedicatoria dice:

Carlitos, mi pequeño secretario: este libro, que como un beso te doy ahora, quiera Dios que se vuelva una aspiración, un impulso cuando estés grande.

Gregorio
Septiembre, 1937

Y la de mi hermano Gonzalo fue:

Mi chiquito Gonzalo: cuando tus ojillos vivaces puedan leer este libro, aprende a amar al indio americano y a ser digno heredero de sus glorias y de las grandes glorias que tuvo el pueblo conquistado.

Tu “pipio”, Gregorio
Septiembre, 1937

Vinieron luego las expediciones a Tierradentro y a San Agustín en donde, después de largas jornadas a caballo, llegábamos a pasar varios meses sin tener comunicaciones con Bogotá, sin asistencia médica y totalmente aislados de la “civilización”. Pero fueron épocas felices acompañándolo en los temas de las estatuas, del Lavapatás en San Agustín y de las tumbas de Tierradentro.

Allá, en nuestras rústicas viviendas, al finalizar cada día, nos reuníamos en torno a la comida preparada por mamá, y se inició la costumbre de contar, cada uno, noche a noche, lo que nos había ocurrido durante el día.

Inicialmente, las charlas de papá giraban alrededor de las excavaciones y de las estatuas, pero unos años más tarde, en 1941, estando ya en Tierradentro, empezó a tocarnos un tema nuevo para nosotros: su preocupación y tristeza al ver el estado de la comunidad nasa (paez) y sus integrantes; además, mamá, quien le ayudaba haciendo encuestas con las indígenas sobre sus costumbres en la pubertad, matrimonio, maternidad, etc.; nos contaba de la miseria, las enfermedades, el hambre y el alto índice de mortandad de madres e hijos.

Una frase que empezó mi padre a repetir con mucha frecuencia era que las estatuas y las tumbas podían esperar a que las rescataran, pero que los indígenas estaban desapareciendo de una manera cruel y acelerada y que, por lo tanto, había que hacer algo por ellos lo más pronto posible.

Nos situamos ahora a fines de los años cuarenta, cuando vivíamos en Popayán y mi padre era el director del Instituto Etnológico de la Universidad del Cauca; allí tomó la decisión de contratar como ayudante del Departamento de Etnología a Francisco Tumiñá. Como los recursos económicos de Francisco eran limitados, y a causa de su traslado de Guambía a Popayán sus gastos habían aumentado considerablemente, mamá le ofreció hospedaje en nuestra casa. Esto significaba que en los relatos durante nuestras cenas ya no éramos cuatro; ahora éramos cinco.

Francisco nos hablaba con gran entusiasmo y melancolía sobre su tierra, Guambía, sobre sus costumbres y sus creencias. Una noche papá lo sorprendió en su habitación pintando con tinta china muchos de los temas que nos contaba durante la comida; resolvió, entonces, editar un libro con los dibujos de Francisco, acompañados de descripciones de mi padre sobre los temas que tocaba en los dibujos. Nuevamente nos encontramos en unión familiar ayudando a producir un nuevo libro que se llamó Nuestra gente (Namuy misag). Mi padre, que siempre estuvo muy orgulloso de su libro Cuentos de la Conquista, consideraba que existía una fuerte relación entre estas dos publicaciones.

Años más tarde, mi hermano y yo salimos al exterior a estudiar en la universidad, pero antes de partir acordamos entre todos que nos escribiríamos lo más frecuentemente posible sobre los temas de nuestro interés, tal como lo hacíamos cada noche. Yo fui el primero en partir y, de aquella época, recuerdo esta carta que me envió mi padre el 4 de mayo de 1954:

Querido Carlos: está aquí tu carta del 27 de abril. Si no te hemos escrito largo y frecuente en las últimas semanas, no es porque pase nada. Te aseguro. Solamente pasa que, intelectual y moralmente he luchado —¿hasta cuándo? — porque esa cosa de la etnología, que tiene por qué interesarme vivamente, se depure de la politiquería y la lambonería a donde la llevaron los dañinos apetitos de politiqueros y de varios que se quieren llamar antropólogos. Pero, en realidad, está mi nueva lucha para culminar y por ello mismo ya debo dejar un poco de lado esas consideraciones. Tú dices bien, muchacho: ya hice mi labor y ahí nos quedan el diploma de Tierradentro, y el haber defendido a los indios que masacraban en Tierradentro, a los que despojaban en Caldonó, a esos que me decían en Popayán: “¿y si vos te vas, quien nos ayuda?”, y quedan cosas fundadas, cosas cumplidas, para beneficio del conocimiento y el mejoramiento del hombre, de nuestra gente.

Vale la pena anotar que, principalmente a causa de su lucha contra las masacres de los indígenas y sus ideas liberales, se ganó enemigos que llegaron a colocar una noche una bomba en nuestra vivienda de Popayán, lo que nos llevó a decidir su retiro de la universidad y nuestro regreso a Bogotá, pero allí le fue negada cualquier posibilidad de trabajar en el gobierno conservador de la época y estuvo más de siete años sin ningún cargo administrativo o de docencia. La situación económica que vivimos fue muy difícil.

La segunda carta que quiero mencionar es la dirigida el 11 de julio de 1960 a mi hermano Gonzalo, quien estudiaba en México:

Se preparaba una reforma administrativa, y lucha que lucha, he obtenido ya —antes de ayer— lo siguiente: la cosa esta pasa al Mingobierno en calidad de división, es decir, la más alta escala administrativa, con 3 secciones a mi mando y 8 comisiones de mejoramiento de indígenas. Entonces, este Quijote que ganaba la miseria de 1.400,00 ganará muy posiblemente 2.600,00 o sea, casi el doble. Aunque esto es solo un comienzo ya un poco serio de lo que hace años o siglos ha debido hacerse, representa sí la culminación de una lucha el haber hallado un eco en la opinión oficial y nacional.

La creación de la División de Asuntos Indígenas y su nombramiento como director, era su gran sueño. Sus ideales indigenistas, que fueron esbozados públicamente por primera vez en Cuentos de la Conquista, lo llevaron, después de muchas luchas y frustraciones, a que veintitrés años después de su publicación, estos se volvieran realidad. Dirigió la división por trece años, hasta su muerte.

Su otro sueño de ver a sus hijos como herederos de su legado se logró parcialmente por la muerte prematura de mi hermano Gonzalo a los 57 años, quien ya era miembro de la Academia de Historia, profesor de filosofía de la Universidad Nacional, y había traducido y conseguido la edición de la tesis que presentó papá en París sobre San Agustín.

Por mi lado, después de haber sido empresario por más de cuarenta años, me dediqué a conocer y ayudar a impulsar la memoria de Gregorio Hernández de Alba, tal como él lo escribió en su dedicatoria para mí, hace 83 años.

Es fácil entender la emoción que sentí cuando Nicolás Jiménez, quien para ese momento era el jefe de publicaciones del ICANH, me comunicó que el doctor Nicolás Loaiza, director del ICANH, había aprobado la nueva publicación de Cuentos de la Conquista.

Reciban ellos dos, junto con Ivón Alzate, coordinadora editorial de este libro, y Adriana Serrano, correctora de estilo, de parte mía y de mi familia, todos los agradecimientos por revivir esta obra tan importante para Gregorio Hernández de Alba y todos sus descendientes.

Gregorio Hernández de Alba y Cuentos de la Conquista

Carlos Hernández de Alba

El presente volumen es una reedición fiel de *Cuentos de la Conquista*, según los textos originales publicados en 1937. Incluye, además, una semblanza de Gregorio Hernández de Alba que he escrito desde la intimidad familiar, y una completa presentación de su vida y de su gran interés por el indigenismo, escrita generosamente por Roberto Pineda y Daniela Robayo.

Quiero mencionar tal como los vi y los viví, los dos grandes amores que tuvo mi padre, Gregorio Hernández de Alba: su familia y “creer en lo nuestro”, con su gran preocupación por el presente y el futuro de las comunidades indígenas.

Era el año 1937 cuando se publicó el libro *Cuentos de la Conquista*, yo tenía cuatro años de edad y mi hermano, tres, y a pesar de nuestros pocos años, él nos dedicó el libro, y a mamá, el cuento “Así fue la Conquista”. Es fácil ver sus intereses al leer las dedicatorias que escribió para mi hermano y para mí en los ejemplares que guardó para entregárnoslos cuando ya éramos adolescentes.

Mi dedicatoria dice:

Carlitos, mi pequeño secretario: este libro, que como un beso te doy ahora, quiera Dios que se vuelva una aspiración, un impulso cuando estés grande.

Gregorio
Septiembre, 1937

Y la de mi hermano Gonzalo fue:

Mi chiquito Gonzalo: cuando tus ojillos vivaces puedan leer este libro, aprende a amar al indio americano y a ser digno heredero de sus glorias y de las grandes glorias que tuvo el pueblo conquistado.

Tu “pipio”, Gregorio
Septiembre, 1937

Vinieron luego las expediciones a Tierradentro y a San Agustín en donde, después de largas jornadas a caballo, llegábamos a pasar varios meses sin tener comunicaciones con Bogotá, sin asistencia médica y totalmente aislados de la “civilización”. Pero fueron épocas felices acompañándolo en los temas de las estatuas, del Lavapatás en San Agustín y de las tumbas de Tierradentro.

Allá, en nuestras rústicas viviendas, al finalizar cada día, nos reuníamos en torno a la comida preparada por mamá, y se inició la costumbre de contar, cada uno, noche a noche, lo que nos había ocurrido durante el día.

Inicialmente, las charlas de papá giraban alrededor de las excavaciones y de las estatuas, pero unos años más tarde, en 1941, estando ya en Tierradentro, empezó a tocarnos un tema nuevo para nosotros: su preocupación y tristeza al ver el estado de la comunidad nasa (paez) y sus integrantes; además, mamá, quien le ayudaba haciendo encuestas con las indígenas sobre sus costumbres en la pubertad, matrimonio, maternidad, etc.; nos contaba de la miseria, las enfermedades, el hambre y el alto índice de mortandad de madres e hijos.

Una frase que empezó mi padre a repetir con mucha frecuencia era que las estatuas y las tumbas podían esperar a que las rescataran, pero que los indígenas estaban desapareciendo de una manera cruel y acelerada y que, por lo tanto, había que hacer algo por ellos lo más pronto posible.

Nos situamos ahora a fines de los años cuarenta, cuando vivíamos en Popayán y mi padre era el director del Instituto Etnológico de la Universidad del Cauca; allí tomó la decisión de contratar como ayudante del Departamento de Etnología a Francisco Tumiñá. Como los recursos económicos de Francisco eran limitados, y a causa de su traslado de Guambía a Popayán sus gastos habían aumentado considerablemente, mamá le ofreció hospedaje en nuestra casa. Esto significaba que en los relatos durante nuestras cenas ya no éramos cuatro; ahora éramos cinco.

Francisco nos hablaba con gran entusiasmo y melancolía sobre su tierra, Guambía, sobre sus costumbres y sus creencias. Una noche papá lo sorprendió en su habitación pintando con tinta china muchos de los temas que nos contaba durante la comida; resolvió, entonces, editar un libro con los dibujos de Francisco, acompañados de descripciones de mi padre sobre los temas que tocaba en los dibujos. Nuevamente nos encontramos en unión familiar ayudando a producir un nuevo libro que se llamó Nuestra gente (Namuy misag). Mi padre, que siempre estuvo muy orgulloso de su libro Cuentos de la Conquista, consideraba que existía una fuerte relación entre estas dos publicaciones.

Años más tarde, mi hermano y yo salimos al exterior a estudiar en la universidad, pero antes de partir acordamos entre todos que nos escribiríamos lo más frecuentemente posible sobre los temas de nuestro interés, tal como lo hacíamos cada noche. Yo fui el primero en partir y, de aquella época, recuerdo esta carta que me envió mi padre el 4 de mayo de 1954:

Querido Carlos: está aquí tu carta del 27 de abril. Si no te hemos escrito largo y frecuente en las últimas semanas, no es porque pase nada. Te aseguro. Solamente pasa que, intelectual y moralmente he luchado —¿hasta cuándo?—

porque esa cosa de la etnología, que tiene por qué interesarme vivamente, se depure de la politiquería y la lambonería a donde la llevaron los dañinos apetitos de politiqueros y de varios que se quieren llamar antropólogos. Pero, en realidad, está mi nueva lucha para culminar y por ello mismo ya debo dejar un poco de lado esas consideraciones. Tú dices bien, muchacho: ya hice mi labor y ahí nos quedan el diploma de Tierradentro, y el haber defendido a los indios que masacraban en Tierradentro, a los que despojaban en Caldono, a esos que me decían en Popayán: “¿y si vos te vas, quien nos ayuda?”, y quedan cosas fundadas, cosas cumplidas, para beneficio del conocimiento y el mejoramiento del hombre, de nuestra gente.

Vale la pena anotar que, principalmente a causa de su lucha contra las masacres de los indígenas y sus ideas liberales, se ganó enemigos que llegaron a colocar una noche una bomba en nuestra vivienda de Popayán, lo que nos llevó a decidir su retiro de la universidad y nuestro regreso a Bogotá, pero allí le fue negada cualquier posibilidad de trabajar en el gobierno conservador de la época y estuvo más de siete años sin ningún cargo administrativo o de docencia. La situación económica que vivimos fue muy difícil.

La segunda carta que quiero mencionar es la dirigida el 11 de julio de 1960 a mi hermano Gonzalo, quien estudiaba en México:

Se preparaba una reforma administrativa, y lucha que lucha, he obtenido ya —antes de ayer— lo siguiente: la cosa esta pasa al Mingobierno en calidad de división, es decir, la más alta escala administrativa, con 3 secciones a mi mando y 8 comisiones de mejoramiento de indígenas. Entonces, este Quijote que ganaba la miseria de 1.400,00 ganará muy posiblemente 2.600,00 o sea, casi el doble. Aunque esto es solo un comienzo ya un poco serio de lo que hace años o siglos ha debido hacerse, representa sí la culminación de una lucha el haber hallado un eco en la opinión oficial y nacional.

La creación de la División de Asuntos Indígenas y su nombramiento como director, era su gran sueño. Sus ideales indigenistas, que fueron esbozados públicamente por primera vez en Cuentos de la Conquista, lo llevaron, después de muchas luchas y frustraciones, a que veintitrés años después de su publicación, estos se volvieran realidad. Dirigió la división por trece años, hasta su muerte.

Su otro sueño de ver a sus hijos como herederos de su legado se logró parcialmente por la muerte prematura de mi hermano Gonzalo a los 57 años, quien ya era miembro de la Academia de Historia, profesor de filosofía de la Universidad Nacional, y había traducido y conseguido la edición de la tesis que presentó papá en París sobre San Agustín.

Por mi lado, después de haber sido empresario por más de cuarenta años, me dediqué a conocer y ayudar a impulsar la memoria de Gregorio Hernández de Alba, tal como él lo escribió en su dedicatoria para mí, hace 83 años.

Es fácil entender la emoción que sentí cuando Nicolás Jiménez, quien para ese momento era el jefe de publicaciones del ICANH, me comunicó que el doctor Nicolás Loaiza, director del ICANH, había aprobado la nueva publicación de Cuentos de la Conquista.

Reciban ellos dos, junto con Ivón Alzate, coordinadora editorial de este libro, y Adriana Serrano, correctora de estilo, de parte mía y de mi familia, todos los agradecimientos por revivir esta obra tan importante para Gregorio Hernández de Alba y todos sus descendientes.

Cuentos de la Conquista y la dignificación de los indios e indias del antiguo Nuevo Reino de Granada

Roberto Pineda Camacho
Universidad Nacional de Colombia
Lorena Daniela Robayo Cuevas
Universidad de Antioquia

¿Por qué dicen los blancos que las historias de indios son mitos o leyendas?

*Ellos no saben que antes las cosas eran verdaderas personas; vivían y hablaban; lo mismo
andaban por el
cielo, por la tierra o el agua.*

*Pero en los nietos de las viejas gentes que poblaron la América, aún se guarda el recuerdo y
aún
permanece la creencia de que es realidad lo que los hombres niegan, porque han perdido el
antiguo
poder de comprenderlo.*

Gregorio Hernández de Alba
“Mito, leyenda, realidad”

Fragmento del libro *Nuestra Gente [Namuy Misag]*

Gregorio Hernández de Alba, su contexto familiar y educativo

Gregorio nació en el año 1904 en el seno de una familia conservadora y religiosa que internamente llevaba la tensión de ser descendiente del famoso oidor de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, don Juan Hernández de Alba (1750-1816). El oidor fue un activo juez en el juicio contra el criollo Antonio Nariño, por la traducción y distribución de apenas pocos ejemplares de la Declaración de los Derechos del Hombre de la Revolución francesa —que no solamente derrocó el régimen de la monarquía absoluta de los borbones en Francia—, sino que, sin piedad, cortó la cabeza del rey y de su esposa María Antonieta.

Pronto, el temido oidor pasó a ser reo de los insurgentes del 20 de julio de 1810 y fue perseguido, pero, para su fortuna, después de una travesía llena de zozobra, logró embarcar en Cartagena de Indias con destino a Cuba. Su apellido fue un símbolo del despotismo español —agravado por la reconquista de la insurrecta América por el general Pablo Morillo y su implacable persecución, hasta llevar al cadalso a miembros de la élite intelectual del Nuevo Reino y a los rebeldes patriotas—; y actor principal en un conflicto que llevó a ambos bandos a declarar la guerra a muerte de sus combatientes, y que asoló campos y villas del Virreinato. Los descendientes de aquel poderoso miembro de la Real Audiencia del Virreinato de la Nueva Granada que no lograron exiliarse o que ya se sentían de este mundo, el mundo americano, tomaron la decisión de suprimir su segundo apellido, de Alba, para evitar, seguramente, el escarmiento público.

Los Hernández quizás tuvieron en casa sentimientos encontrados; tal vez frente al blasón del oidor alguna muestra de orgullo, sobre todo cuando nuevos tiempos habían llegado. A partir de las últimas décadas del siglo XIX, Colombia había reiniciado relaciones con la madre patria, aunque fuese el último país en hacerlo en América Latina; también se había celebrado con bombos y platillos el cuarto centenario de la llegada de Colón en diferentes ciudades del país cuyo nombre ostenta la república, y la llamada Regeneración¹ había consagrado una nueva Constitución hispanista (1886) que instauraba la religión católica como

¹ Proyecto sociopolítico contrario al federalismo (1853-1886) que promovió la separación entre la Iglesia católica y el Estado, la descentralización del país en un sistema federal, y cuyas ideas estaban consignadas en la constitución de 1863. El federalismo tenía por objeto, entre otros, el impulso de la educación, que pasó de ser confesional a laica, restándole importancia al cristianismo en textos y métodos de enseñanza, y que, además, a partir de 1870, había declarado gratuita y obligatoria la educación primaria para toda la población en edad escolar. Pese a los profundos cambios y a la modernización que supuso para el país, el federalismo empezó a decaer a partir de 1876. La férrea oposición ejercida por conservadores y liberales independientes que, usando el lema "regeneración o catástrofe", recalaban la importancia de un nuevo ideal de Nación en el que la relación entre Iglesia y Estado guiara los destinos de la población y la transformara moral y culturalmente. Este nuevo proyecto de la regeneración (1886 – 1930), sellado con la constitución de 1886, derrotaba al federalismo y daba paso a un Estado homogéneo donde los ciudadanos debían agruparse en torno a una sola idea de raza, lengua, religión y territorio. Entre sus principales exponentes estaban Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro.

credo oficial de la Nación y el uso de la lengua castellana que nos caracterizaba era motivo de orgullo, en un país con grandes gramáticos y latinistas².

El padre del joven Gregorio, don Gregorio Hernández Lesmes (1860-1911), constructor y agrimensor, realizaba obras de beneficencia en pro de los “obreros” bogotanos, posiblemente campesinos que prestaban sus servicios en Bogotá cuando, a pesar de las penumbras de la cruenta guerra civil de los Mil Días (1899-1901), la ciudad empezaba a “modernizarse”. La familia residía en Chapinero, que para entonces era una zona campestre al norte de Bogotá, unida a la ciudad por carretas o carrozas tiradas por mulas, o por el tranvía que llegaba hasta la actual iglesia de San Diego, el límite por entonces de la vieja Santafé.

Pero la vida tranquila de la familia se vio truncada por la muerte inesperada del padre, lo que

cambiaría para siempre la dinámica familiar. Al quedar Gregorio huérfano a los siete años, junto

con sus hermanos, Guillermo y Alfonso, se trasladan a vivir con su media hermana, normalista y profesora en la localidad de La Calera, cercana a Bogotá, quien los acoge; con ella aprendieron sus primeras letras.

Todo auguraba que el joven Gregorio y sus dos destacados hermanos menores seguirían la educación de los hijos de las familias letradas conservadoras de entonces, que estudiaban en los colegios religiosos, quizás en los famosos colegios del Rosario o de San Bartolomé, donde se les inculcaría una formación humanista, pero hispanista y religiosa, en la que el aprendizaje de la filosofía tomista permeaba el ambiente, sobre todo en el Rosario, junto con el estudio del latín y el griego, y en menor medida, las ciencias naturales y físicas, empotradas en la filosofía aristotélica, la misma que fue rebasada por Galileo en el siglo XVII acercándose a Platón, cuyo lema de su Academia rezaba “aquí no entra quien no sabe geometría”.

Pero si sus hermanos menores siguieron ese destino “natural” de los niños de las familias “distinguidas” bogotanas, Gregorio, quizás por su condición de hermano mayor, que debía asumir pronto algunas responsabilidades familiares, fue inscrito en la Escuela de Comercio³, una institución fundada por el general Rafael Reyes en 1905, cuyo objetivo era promover una educación práctica (industrial, comercial y financiera) y que se diferenciaba de los otros centros de educación, incluso de las diversas Escuelas Superiores de la Universidad Nacional, desperdigadas por toda Bogotá. Para la época de estudios de Gregorio, la Escuela de Comercio estaba regida por el profesor alemán Guillermo

² En 1917 se consagró, hasta hoy en día, el 12 de octubre como el Día de la Raza, entendido durante gran parte de nuestra

historia contemporánea como el día de la celebración de “la raza y herencia cultural española” y del idioma de Castilla.

³ La Escuela tuvo gran éxito: para los años veinte sus egresados eran muy demandados por empresas comerciales y de otra naturaleza en el país. En esta institución estudiaron, además, personalidades como Germán Arciniegas, Otto de Greiff, Eduardo Santos y Julio César Turbay Ayala, entre otros.

Wickmann, destacado físico y astrónomo, quien introdujo la enseñanza del método inductivo, modernizó el aprendizaje de la matemática e implantó el sistema palmer de escritura. El pénsum incluía el estudio de una lengua extranjera, contabilidad mercantil, mecanografía, taquigrafía, dibujo industrial y código de comercio.

La inscripción de Gregorio en dicha escuela, que solamente implicaba sufragar los costos de la matrícula, le abrió nuevos horizontes intelectuales y personales y le dio también la oportunidad de relacionarse con futuras figuras significativas de lo que se llamaría la República Liberal, quienes apoyaron sus iniciativas. Le dotó con destrezas que le permitieron, como veremos, comprender el mundo de los pastores guajiros (wayuus) de la desértica Goajira⁴ y dibujar de manera extraordinaria los frescos de los murales de los montículos funerarios que habían dormido durante siglos en Tierradentro, en el suroccidente del río Magdalena. También lo formó en el método inductivo, fundamental para el desarrollo de nuevas disciplinas como la sociología y la etnología, que habían emergido en el horizonte de la segunda mitad del siglo XIX en Francia, Inglaterra y Alemania.

Entre tanto, como se advirtió, sus hermanos fueron al destacado colegio de San Bartolomé, regido por la Compañía de Jesús, y llegarían a convertirse en grandes historiadores. Desde muy jóvenes —nos ha confesado Guillermo—, asistieron a las sesiones de la, por entonces, relativamente recién fundada, Academia Colombiana de Historia (1902).

El descubrimiento de la etnología y la arqueología

En 1943 Gregorio declaró en Nueva York, en una entrevista con el afamado escritor Ciro Alegría —autor del clásico latinoamericano *El mundo es ancho y ajeno* (1941)—, que alrededor de los diecisiete años inició sus primeros pasos en las letras castellanas ensayando la creación de cuentos y otros textos, algunos relacionados con la vida social de Chapinero. También, que un tiempo después, el joven Gregorio comenzó a leer a los cronistas de Indias de la segunda mitad del siglo XVI y primera mitad del siglo XVII en el Nuevo Reino, en particular a Juan de Castellanos (1522-1607), fray Pedro de Aguado (1538-1609) y fray Pedro Simón (1574-1630)⁵.

⁴ Nombre antiguo de la región que hoy corresponde a la península y departamento de La Guajira. [N. del E.]

⁵ Juan de Castellanos escribió *Elegías de los varones ilustres*, entre 1561 y 1607. Es una crónica que detalla la colonización del Caribe y otras regiones en Colombia y Venezuela, así como una descripción de las culturas indígenas, usando los recursos literarios europeos propios de la literatura renacentista para retratar la vida en el Nuevo Reino de Granada. Uno de los recursos más importantes a lo largo de la obra es la descripción del cuerpo como instrumento colonizador, donde la figura del español aguerrido y soberano se contrapone a la del indígena como débil y degradado. Este texto está compuesto de cuatro partes, de las que solo la primera fue publicada en 1589. La siguiente publicación vio la luz en 1847 y estuvo a cargo de la Biblioteca de Autores Españoles de Manuel Rivadeneyra que edita las partes I, II y III. La IV parte

El primero había participado directamente en las conquistas de Tierra Firme, al norte de lo

que hoy es territorio colombiano, hasta que vistió los hábitos religiosos y se estableció en la ciudad de Tunja. Aguado y Simón fueron priores de la provincia franciscana del Nuevo Reino —que había llegado a Tierra Firme desde la fundación de Santa María la Antigua del Darién y se estableció posteriormente en la ciudad de Santa Marta—. Unos y otros tenían gran conocimiento personal de lo que acontecía, o a través de los misioneros de su orden, repartidos en todo el Nuevo Reino, o por personas que habían participado en la Conquista. Aguado vivió en el territorio de los indios panches, habitantes de las tierras bajas que rodeaban el territorio de los muiscas, y fueron famosos por sus prácticas guerreras, por sus boticarios que exhibían cabezas muiscas como trofeo, y por la resistencia al conquistador español. Para la elaboración de su obra, Aguado también contó con la estrecha colaboración del padre fray Antonio de Medrano, quien acompañaría a Gonzalo Jiménez de Quesada —a quien Germán Arciniegas llamó “El Caballero de El Dorado”—, en su quijotesco viaje al Dorado, por los Llanos Orientales, donde el distinguido misionero perecería. Los franciscanos del siglo XVI tenían simpatía con las ideas indigenistas, aunque quizás las suyas no eran tan radicales como las del padre Bartolomé de las Casas; eran críticos de las políticas reales y, sobre todo, de la práctica de los españoles en el Nuevo Reino y otras regiones; los franciscanos tenían cierta comprensión del entorno indígena, pero sus narrativas no escapaban a una visión

sale en la Colección de Escritores Castellanos, sección Historiadores, en 1886. En 1921, Ángel González Palencia prologó y editó el texto con el auspicio del Instituto Valencia de Don Juan. La primera versión completa se publica en Caracas en 1930 y la segunda es editada por la Presidencia de Colombia, con prólogo de Miguel Antonio Caro. La tercera parte, a cargo de Gerardo Rivas Moreno, sale a la luz en 1997 con prólogo de Javier Ocampo López.

Por su parte, en su obra *Recopilación Historial*, escrita entre 1561 y 1579 y considerada la primera crónica sobre Colombia, fray Pedro de Aguado, valiéndose de sus propios escritos, pero también de los apuntes de fray Antonio Medrano, describe las expediciones españolas, el heroísmo de los conquistadores, así como a los indígenas a quienes a veces llama “gente” y otras “fiero y bruto”, evocando el adjetivo de bárbaro. Este carácter ambiguo en los relatos de Aguado denota que, aunque la naturaleza humana del indio ya era reconocida desde 1537 con la bula *Sublimis Deus* del papa Paulus III, la narrativa de los cronistas aún guardaba para el indio su categorización como inferior; y sus relaciones sociales, los matrimonios y demás costumbres, debían ser combatidos con la doctrina cristiana. Una primera muestra de esta obra se debe a la Academia Colombiana de Historia, institución que estaba recién fundada (1902) y decidió emprender la primera publicación de sus primeros nueve libros. Vale decir que, aunque la obra contaba con licencia de impresión desde 1582, había quedado en el olvido. En 1914, el gobierno de Venezuela publicó una segunda parte tratando principalmente de los territorios de ese país. La publicación completa la realizó la Real Academia de la Historia, en Madrid, bajo la dirección de Jerónimo Becker, entre 1916 y 1918. Esta edición se agotó muy rápido. La casa Espasa-Calpe editó otra versión en 1930, que, aunque incompleta y carente de anotaciones, permite a muchos estudiosos la consulta de este material histórico en Colombia y otros países latinoamericanos. Para 1956, la Biblioteca de la Presidencia de Colombia reeditó la obra de Aguado con una introducción de Juan Friede, miembro de la Academia Colombiana de Historia.

Por último, fray Pedro Simón comienza la redacción de su obra en 1623 y le da el nombre de *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, en la que recoge información de Venezuela y Colombia y ahonda en las raíces históricas de ambos pueblos. Con un lenguaje entretenido y novelesco, la obra de Simón trasciende lo informativo y quiere cumplir un propósito moralizador. Aunque de talante crítico, este cronista sigue la línea escritural de la época en la que el indígena es un ser cruel, merecedor de los castigos a los que es sometido por voluntad divina. La primera parte de las *Noticias historiales* aparece publicada en 1627 en Cuenca. Hasta 1819 se publican algunos capítulos de la tercera parte de esta obra en la revista madrileña *Continuación al Almacén de Frutos Literarios*. En Inglaterra, en 1848, se publicaron algunos fragmentos de la **segunda** parte y así, en los años sucesivos, hubo dos o tres publicaciones siempre de fragmentos de la obra. En la década de 1882-1892, el escritor Medardo Rivas (1825-1901) emprende la publicación completa de las *Noticias historiales* en Bogotá. Más adelante, en 1953 y en 1981, se hicieron dos nuevas ediciones en Bogotá.

de los indios como idólatras y sometidos al arbitrio del diablo. No obstante, parte de la obra de Aguado, considerado por el gran historiador Juan Friede como el primer antropólogo del Nuevo Reino, pese a sus limitaciones, fue censurada, en particular sus relevantes consideraciones sobre los muiscas.

Fray Pedro Simón ya respiraba otro tiempo. El régimen colonial se había, en parte, consolidado

y, aunque algunas de las antiguas reticencias de los dominicos y los franciscanos frente a la legitimidad de la Conquista no se habían esfumado, sí se habían debilitado en gran parte. El padre Simón participó en la famosa expedición militar de don Juan de Borja, nuestro primer presidente de capa y espada, en su cruzada contra los pijaos del Tolima y del sur andino, durante la primera década del siglo XVII. En su crónica narra con cierta intensidad esa guerra de exterminio contra los valerosos pijaos y les acusa de todos los males, entre otros, de ser unos hombres “semibestiales”, practicantes de la antropofagia y otras perversidades. Sin embargo, no debemos despreciar su talento como historiador: recogió muchos testimonios, enriqueció su prosa con gran cantidad de vocablos vernáculos y reprodujo en su obra gran parte de los escritos de Aguado sobre los muiscas, que habían sido omitidos por la censura oficial.

Posiblemente Gregorio leyó estas crónicas en el contexto de las celebraciones del cuarto centenario, cuando se despertó gran interés en ellas, y aún en el marco de una nueva valoración de lo hispanoamericano y de la idea de una América Latina ligada a los países latinos europeos (en oposición a los anglosajones); pero pronto vislumbró, entre líneas, la otra historia detrás de estos relatos sobre la Conquista que nos dejaron los citados cronistas de Indias, en los que narraron las aventuras de los españoles y las desventuras de los nativos. Así nos lo expresa en el preámbulo de este libro, “Motivo”:

Soportaba el cansancio de esas literaturas, cuando el constante adjetivar de necio, bruto, traidor y endemoniado al indio que defiende su vivir de hace siglos, me hizo pensar en la ignorancia que de los sentimientos y mente de los hombres prehispanicos tenemos hoy sus nietos.

Gregorio se rebeló contra esa visión del indio americano que conllevaba un valor negativo

para la palabra indio, como aún acontece, aunque en menor medida; y ello significaba el reto de reconstruir e imaginar sus rostros y sus sentimientos, sus acciones y resistencias durante la Conquista y el orden colonial que debieron sufrir y soportar, como también —hay que decirlo— durante el orden republicano.

Según declaró al escritor peruano en la entrevista antes mencionada, esto lo condujo a descubrir la arqueología y la etnología, y a aproximarse a las nuevas corrientes que sacudían a los estudiantes universitarios y a los jóvenes intelectuales de aquella América Latina de los primeros años del siglo pasado, marcados por la Revolución mexicana (1910-1917), por el llamado de los estudiantes de Córdoba (1918) y por las reflexiones de destacados autores que buscaban una nueva identidad latinoamericana en el mundo terrígeno. También lo condujo a acercarse a las vanguardias estéticas que

rompían con la “españolera”⁶; en Francia y otros países europeos los artistas de vanguardia se inspiraban en las artes africanas u oceánicas, e incluso americanas, pues en nuestro continente los grandes monumentos prehispánicos de México o Perú fueron también modelos de inspiración estética. La arqueología y la etnología fueron los vehículos que conducirían a la formulación de una estética moderna aquí y allá.

Tenemos muy pocos datos acerca del itinerario personal e intelectual de Gregorio durante la década de los veinte del siglo pasado. En 1923, a sus diecinueve años, publicó su escrito *Lucecita* en el semanario *La Novela Semanal* de la Escuela de Comercio; al año siguiente, editó su primera novela, *El trovador de la reina*, y sabemos, por algunos de sus manuscritos, que escribió, como se dijo, diferentes relatos literarios sobre Chapinero y Bogotá.

Una foto personal, titulada por el mismo Gregorio como “El yo”, nos lo muestra sentando, observando un libro que porta en la mano derecha, vestido con saco, pantalón y corbata, al mejor estilo cachaco bogotano. En otro retrato, que tituló “Don Quijote”, Gregorio se ve sobre un burro y, como buen joven bogotano de entonces, también se exhibe con camisa blanca y corbata. En otra fotografía de 1925 se encuentra junto a Germán Arciniegas, también con la misma vestidura; allí todos son jóvenes: Arciniegas, de veinticinco años, ya era un destacado intelectual liberal y publicista de la revista *Universidad*; Gregorio, de veintiuno, y su hermano de diecinueve. En 1929, a los veinticinco años, participó de la junta preparatoria del Centro Colombiano de la Universidad Iberoamericana; una foto del encuentro destaca a los dos jóvenes hermanos (Gregorio y Guillermo), erguidos en la parte de atrás, junto con los destacados intelectuales Luis Augusto Cuervo, José Joaquín Casas Manrique (exministro de Instrucción Pública y fundador de la Academia Colombiana de Historia), y el embajador de España. Unos años atrás, en 1925, los hermanos Hernández recuperaron su apellido “de Alba”, evocando de nuevo su vínculo con el famoso oidor.

⁶ Por entonces, la vieja Europa no solo era el escenario de la brutal Gran Guerra (1914-1918), sino que, al decir de algunos historiadores, manifestaba la “decadencia de Occidente”. Era la crisis del modelo “civilización y barbarie” que había inspirado en gran medida a muchos de nuestros historiadores e incluso novelistas. En nombre de la civilización se había casi exterminado en la Argentina a los indios de las pampas o Tierra de Fuego y se alentaba una visión degeneracionista de nuestras razas y pueblos que llevaría al autor boliviano, Alcides Arguedas, a considerar a gran parte de la población de su país como un “pueblo enfermo”.

En América Latina la nueva sensibilidad se manifestó también en la literatura. Por ejemplo, en el muy leído libro de Jorge Icaza, *Huaspungo* (1932), se describe la resistencia y rebelión indígena de la sierra ecuatoriana que vivía en el marco de las haciendas, donde se debía pagar al señor, ya sea en dinero, especie o trabajo, el usufructo de la parcela que lo sustentaba. La situación del indio era ante todo un problema social centrado en la tierra, como lo plantearía José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos sobre la realidad peruana* (1932).

En Colombia, algunos intelectuales como el médico boyacense Juan Clímaco Hernández (1881-1961) y el periodista y político paipano Armando Solano (1887-1953), aunque de diferente manera, también sostendrían la necesidad de reivindicar la “raza” indígena, que por los años de 1910 expresaba sus anhelos de cambio en la lucha de Manuel Quintín Lame en el Cauca. Juan Clímaco Hernández resaltaría la superioridad del indígena y el concepto de raza en la construcción de nación, como es notorio en el escrito *Raza y Patria* (1931). Por su parte, Armando Solano se valdría de un enfoque de “psicología étnica” para rectificar las ideas de inferioridad racial del indio y para redactar su significativo texto titulado *La melancolía de la raza indígena* (1929). También en 1924, Miguel Triana publicó su libro *La civilización chibcha*, de gran influencia en la valoración del pasado indígena de Colombia: un considerable grupo de sus descendientes —los campesinos cundiboyacenses— eran considerados como los máximos exponentes del ideario indígena en el país.

Sin duda, para entonces los hermanos Hernández de Alba, a pesar de su juventud, pertenecían a redes de destacados intelectuales hispanistas pero, al mismo tiempo, Gregorio mantenía una estrecha relación con personajes como Germán Arciniegas, que ya había vislumbrado su particular concepción sobre la significación de América en la historia universal. Otra foto de los años treinta destaca la presencia de Gregorio en el Centro Literario Rafael Pombo, donde una de sus integrantes, Julia Arciniegas (hermana de Germán Arciniegas y futura esposa del antropólogo Gabriel Giraldo) sostendría que en ese círculo, Gregorio era el único que se interesaba por la arqueología y la etnología⁷.

A los veinticinco años, a través de su hermano Alfonso, —que había sido designado cónsul en Huelva (España)— conoció al joven pintor Rómulo Rozo, quien, el 20 de marzo de 1929, le envió una postal del Pabellón de Colombia que había diseñado para la Exposición Universal de Sevilla, donde destaca su escultura *Bachué*, la progenitora de los muiscas que emergió de la laguna de Iguaque con su hijo de brazos, y a donde retornarían juntos, transformados en serpientes. *Bachué* fue esculpida en 1925 en París y causó cierto impacto nacional: es considerada como el inicio del arte moderno en Colombia. Años más tarde, en 1933, el maestro Rozo le escribió una carta a Gregorio comentando dos de los relatos de su libro en preparación *Cuentos de la Conquista* y le envió, además, el diseño de la portada, en la que destaca la figura de Tomagata, el gran cacique muisca con cola de león y cuatro orejas con las que lo oía todo, para bien y para mal.

Su transformación en etnólogo y arqueólogo de campo

En 1930, la llegada al poder del presidente Enrique Olaya Herrera marcó el fin, desde el punto de vista político, de lo que se ha llamado la Hegemonía Conservadora, iniciada en 1886 con la promulgación de la ya mencionada Constitución del mismo año. Su sucesor, el presidente Alfonso López Pumarejo y su ministro de Educación, Luis López de Mesa, impulsaron reformas significativas y un vasto programa educativo y cultural que tenía como objeto las aldeas de Colombia, a las que López de Mesa consideraba el eje de la vida social y cultural del país. Se instauraron bibliotecas ambulantes, se promovió la lectura, se creó una relevante colección de títulos nacionales llamada Biblioteca de

⁷ El joven Gregorio se adhirió al espíritu del denominado grupo *Bachué*, cuyos noveles pintores, muralistas y escultores, representaron en sus obras las realidades americanas; y que, como Luis Alberto Acuña, recrearon en sus obras no sólo motivos prehispánicos, sino que también consideraron muchas de las expresiones de las iconografías cerámicas o esculturas (como la de San Agustín) como obras de arte. Años más tarde, en 1949, el mismo Gregorio promovió en una galería de arte en Bogotá, la primera exposición de arte indígena de la ciudad, en torno a los dibujos del joven misak Francisco Tumiñá sobre el entorno y vida de la comunidad guambiana (o misak) del valle de Guambía, al norte de Popayán.

Cultura Aldeana, se promovieron manuales pedagógicos dirigidos a los maestros de Colombia, y hasta se utilizó el cine. Incluso, el mismo López de Mesa propuso que los niños, en las escuelas de todo el país, iniciaran la jornada cantando, pero no el himno nacional, sino otros géneros musicales. Algunos autores han visto este proceso como una estrategia de la élite para imponer una cultura dominante; tal vez se pueda comprender con mayor justeza como un proceso de difusión de nuevas modalidades de socialización y de valores “civilizadores”, pero también se tenía el propósito de reivindicar la música y el folclor regional, que por entonces se expandía desde sus regiones a otras zonas del país a través de la naciente radio, en un proceso de doble vía. Con la apertura de carreteras y la llegada del camión, también arribaban nuevas ideas y personas a los pueblos de Colombia.

En ese contexto, en 1934, se realizó en Bogotá un gran encuentro de los secretarios de educación de todos los departamentos del país, con el fin de evaluar la situación escolar en cada uno de ellos. Gregorio Hernández de Alba fue invitado como conferencista, con una presentación titulada “Arqueología y Educación”, en la cual sostuvo que el campesino colombiano era de raza y alma indígena, y que era necesario escudriñar los restos cerámicos, líticos y los “esqueletos” de nuestros antepasados, para conocer el estado de las civilizaciones prehistóricas de nuestro país; sugería que los maestros enviaran de manera sistemática la información relacionada con estos temas al Ministerio de Educación, en particular a su sección de Bellas Artes y Arqueología, con el fin de crear un directorio de arqueología colombiana que, además de iniciar las labores de registro, ayudara a evitar su destrucción y fomentara su exploración sistemática. Esas ideas evolucionarían, años más tarde, para dar lugar, en 1938, a la creación del Servicio Arqueológico Nacional⁸, entidad de la que sería director hasta 1944, y del Museo de Arqueología, asociado al mismo.

Ya para entonces, Gregorio se destacaba como un estudioso de la arqueología y de la etnología. En el año 1934, envió una propuesta a Gustavo Santos, por entonces director de la sección de Bellas Artes y Arqueología del Ministerio de Educación Nacional, para institucionalizar su enseñanza en Colombia, esta es la primera propuesta en su género, al menos de la que se tenga conocimiento.

Al año siguiente, en 1935, tuvo una oferta excepcional que supo aprovechar: formar parte —como delegado del citado Ministerio de Educación— de la investigación de la Universidad de Pensilvania en La Guajira, al norte de Colombia. Durante tres meses participó en dicha expedición en compañía de un prestigioso equipo de investigación⁹. Aprendió en campo el método etnográfico y sus diversas técnicas de investigación social, conviviendo con los wayuus en sus propias rancherías o localidades. Durante esta investigación se transformó en etnógrafo de campo, vale decir, investigador de la vida social, observando y conviviendo con sus anfitriones.

Al año siguiente, en 1936, publicó su primer libro, *Etnología guajira*, que presentaba una visión de conjunto sobre los wayuus. Gregorio captó el resorte de la vida

⁸ Este fue el primer espacio institucional que logró la antropología en Colombia.

⁹ Entre estos se encontraban el antropólogo Vincenzo Petrucci, el arqueólogo Lewis Korn y el etnólogo alemán Paul Kirchoff.

social de este pueblo de pastores de cabras del norte de Colombia, y comprendió sus redes personales y comerciales, sus formas de interacción y los “pagos” que permeaban su vida social. No es exagerado pensar que la formación en comercio le permitió compenetrarse con su vida, entender el mundo wayuu como un gran tejido de relaciones de solidaridad y de conflicto, como se advierte sobre todo en su diario de campo. Aunque parezca extraño, fue la primera etnografía de campo realizada por un colombiano, ya que la mayoría de sus contemporáneos connacionales se interesaban por el indígena desde una perspectiva histórica, como pasado, o en el mejor de los casos, como ancestros, aunque ya sonaban otros vientos.

Dos años después, en 1937, a los treinta y tres años, nuevamente fue convocado para participar en pioneras investigaciones arqueológicas de los hipogeos de San Andrés de Pisimbalá en Tierradentro, en las montañas del departamento del Cauca, y de las tumbas, estatuas y montículos funerarios de San Agustín, en el alto Magdalena. En Tierradentro penetró de manera pionera en sus famosos montículos funerarios y describió sus hieráticas estatuas de piedra. A diferencia de La Guajira, en esta ocasión estuvo acompañado por su esposa Helena y sus dos pequeños hijos¹⁰. Su formación en la Escuela de Comercio le habilitó para realizar los finos diseños de los murales de la “Casa Pijaos”, como denominaban los indígenas paeces o nasas¹¹, del antiguo pueblo de Indios de San Andrés de Pisimbalá, a las tumbas de las lomas de Segovia y de la cima de la montaña del Aguacate.

Si en La Guajira había tenido sus primeros pasos en la arqueología de campo con Korn, en Tierradentro, como arqueólogo de la expedición, debió emprender la descripción de los hipogeos con el profesor de la Universidad del Cauca, el geólogo alemán Ernst Burgh, que las había descubierto un año atrás; por lo menos en un principio, hasta que llegó el arqueólogo español José Pérez de Barradas.

Entre tanto, Gregorio promovió la fundación de la Sociedad Arqueológica y Etnográfica de Colombia en 1935, en cuyo seno se concibió la realización de la primera Exposición Arqueológica y Etnográfica Nacional, con ocasión del IV Centenario de la fundación de Bogotá, en agosto de 1938. En ella, los bogotanos pudieron conocer de forma directa algunos grupos nativos del país que exhibieron sus trajes y su música. El joven investigador no sospechaba todavía que, a esos mismos actos conmemorativos y a la posesión del presidente entrante, Eduardo Santos, el nuevo mandatario invitaría al ilustre americanista francés, Paul Rivet, famoso por sus teorías del origen del hombre americano. Del encuentro con Rivet resultó que, en el mismo año, Gregorio viajase con su familia a París, el gran centro de la etnología o antropología francesa, donde realizó estudios de etnología y además contribuyó a la sección americana del famoso Museo del Hombre de la misma ciudad. De no ser por la guerra, que lo obligó a regresar, habría obtenido su doctorado en Etnología con una interesante y original tesis sobre la cultura de

¹⁰ El viaje a San Agustín fue realizado en condiciones extremadamente difíciles: un recorrido de un día que iniciaba en La Plata (Huila) y que culminaba en San Agustín, un lugar sin acceso a servicios médicos y cuya comunicación se hacía a través de telegramas y cartas. La expedición a Tierradentro fue un viaje aún más complicado, de dos días a caballo hasta el municipio de Inzá.

¹¹ Gregorio, junto con Helena, también se preocuparon por documentar aspectos de la vida social de los paeces (nasas) y explorar su pasado en los archivos de los misioneros franceses lazaristas que tenían a cargo la Misión de Tierradentro.

San Agustín, que permaneció inédita hasta que uno de sus hijos, Gonzalo, la publicó póstumamente en el año 1978.

Los Cuentos de la Conquista

En 1937, Gregorio publicó su segundo libro, titulado *Cuentos de la Conquista*. Lo conformaban doce relatos acompañados por seis grabados elaborados por el joven y creativo pintor Carlos Reyes. Su portada fue elaborada por el maestro Rómulo Rozo, y estaba acompañada de una nota explicativa, enviada al autor, desde México, el 15 de diciembre de 1933, por el mismo pintor y muralista.

Como se ha advertido, el texto es fruto, inicialmente, de la lectura de algunos cronistas de Indias del Nuevo Reino de Granada. En cierta medida, se puede leer como un viaje por los aborígenes del antiguo Reino de Granada. Sobresalen las tribus aledañas al río Magdalena, consideradas por los españoles como hombres “semibestiales”, como caribes y “salvajes”. Ellas se convierten en eje transversal de muchos de los relatos. Son mencionados así los yariguíez, panches, timanaes, entre otros. También menciona a los muiscas del altiplano y sale de la geografía nacional para referirse a las gentes del Amazonas brasileiro, en un intento por recrear claves de la perspectiva indígena en torno a la relación entre fuerza y astucia, poder e inteligencia.

Gregorio captó que la Conquista fue simultáneamente una catástrofe y una tragedia para los pobladores nativos; pero una tragedia que revelaba, como en las tragedias griegas, las profundas convicciones y los valores de sus habitantes sitiados por los hombres de hierro a quienes se enfrentaban. A su vez, captó la voz y las emociones de esos pueblos e intentó, con éxito, penetrar en la visión de ellos; visión sepultada, por lo general, por la narrativa de los vencedores, o en la recepción de esas crónicas por letrados republicanos, como se expone en el relato “Un héroe panche”, que se enfrenta solo a las huestes españolas. También captó el carácter sagrado de lo femenino, representado como exuberante y sugestivo; mostrando a las mujeres como sujetos pasionales, sujetos de deseo, pero también profundamente humanas, en las voces de madres, hijas y esposas. Así destaca su valor, como es el caso de las mujeres de la serranía del Opón, que dan su vida con tal de liberar sus tierras de los invasores.

Como había sido utilizado por algunos de los novelistas históricos de mediados del siglo XIX, el calificativo de “bárbaros” es adecuado, pero para los españoles. Así sucede, por ejemplo, en “Palenques gloriosos”, o en “Así fue la Conquista” —dedicado a su esposa Elena— que describe la venganza de la cacica Gaitana, los timanaes y sus aliados, contra Pedro de Añasco, cuya codicia lo conduce a la muerte, no sin antes pasar de pueblo en pueblo, atado por sogas indígenas.

Pero el joven Gregorio también realizó lecturas de fuentes documentales coloniales, en el entonces llamado Archivo Nacional, en Bogotá. En alguno de sus fondos encontró materia e inspiración para recrear la historia de las brujas indígenas de la Loma, un pueblo cercano a la ciudad de Ocaña, en el año 1762. Nuevamente, como en un drama, nos recrea a sus principales actrices, a los alcaldes locales y al propio fiscal, que

sería sanado por una de ellas. Incluso sale a la palestra el propio pueblo, como un coro, pidiendo “justicia” porque temen que las brujas, en venganza, destruyan la aldea y a todos sus moradores.

De su viaje a La Guajira y de su estadía en Tierradentro, emergen también otros relatos de este libro, fruto de su experiencia etnográfica y de la lectura de algunos legajos de origen colonial que conservaban los misioneros franceses lazaristas en Inzá. El primero, un relato oral wayuu recopilado en Nazareth, al norte de la península, que explica el destierro del tigre hacia la Sierra Nevada de Santa Marta; el segundo, la historia del cura indígena Undachí, quien asumió el rol de los misioneros católicos y su intermediación con el Dios de los cristianos o de los Misioneros que por entonces rondaban los poblados de la región. Con gran destreza se nos describe su influencia, pero también el triste final para los habitantes indígenas que tuvieron que soportar y sufrir las consecuencias de la osadía del indio Undachí.

Junto al texto wayuu, Gregorio presenta otros dos relatos relacionados con pueblos del Amazonas brasileiro, donde se expresan las tensiones entre el tigre o jaguar americano y otros animales de menor fiereza y potencia como el jabutí, un tipo de tortuga brasilera, o el tatú o armadillo. A pesar de ello, estos últimos salen bien librados, mientras que el tigre es, en gran medida, vencido por la inteligencia. Es como si el autor quisiese enfatizar que la fuerza del tigre —análoga a la del conquistador, con sus arcabucees y otras armas— pudo también, en algunos casos, ser atenuada por los nativos; que estos, lejos de ser “indios brutos”, como solían decir sus contemporáneos, también denotaron valor, astucia e inteligencia frente a los conquistadores de antiguo y nuevo tipo.

Cierra el conjunto de estos relatos la historia de Nemequene, el gran cacique muisca, célebre por su sabiduría, su poder y, en particular, por los decálogos de leyes que reorganizaron la vida social de los muiscas. El gran zipa de Bacatá muere en un combate con las huestes del zaque de Tunja. Vale la pena destacar que aquí, Gregorio cambia temporalmente el ritmo escritural para expresarse en la propia lengua muisca, fundamentándose en los estudios sobre la misma del gran Ezequiel Uricoechea, creador de la Biblioteca de Lingüística Americana. Como si olfatease que, para captar cabalmente la experiencia que supuso la trágica muerte de Nemequene para sus pueblos, hubiese que sintonizarse en otro canal, con otra forma de representar la realidad, una plasmada en la lengua de los antiguos muiscas, Gregorio escribe: “¡Nemequene abgy! Nemequeme agby!”, “¡Nemequene murió!”, “¡Cada uno o todos lloran!”. Murió en la guerra, por su valentía y arrojo, víctima de la flecha de un guerrero anónimo.

Gregorio fue madurando por varios años este libro. “Doña Francisquita” y “Nemequene” fueron publicados inicialmente en el año 1935, en la Revista Senderos, del Ministerio de Educación. El texto sobre la serranía del Opón ya lo había concebido años atrás, pues en el año 1933 se lo envió al maestro Rozo, quien quedó cautivado por la “vida salvaje”.

Dedicó estas páginas a sus pequeños hijos, Carlos y Gonzalo, como si quisiese también señalar que la Conquista de América había que recordarla, no solo como una verdadera catástrofe para los americanos, reiteremos, sino como un drama en el que sus numerosos protagonistas indígenas —hombres y mujeres— sobresalen como destinos

humanos que en la adversidad nos enseñan valores de dignidad y libertad. Los relatos de Gregorio logran descifrar las voces y reclamos indígenas, latentes —no del todo silenciados— en la pluma de los notables letrados de los siglos XVI y XVII. Es como si, con una perspectiva también ética, Gregorio quisiese recordar, en el fuerte y crudo relato “Así fue la Conquista”, dedicado a Helena, su esposa, que aquella verdad histórica debía —en lugar de silenciarse u ocultarse— formar parte de nuestra conciencia contemporánea para reivindicar, no solo la resistencia indígena pasada, sino también la de los indios contemporáneos: esos hombres y mujeres nativos que seguían siendo sujetos de discriminación en la era republicana.

En síntesis, Hernández de Alba asume una postura crítica frente a la perspectiva sesgada del indio presentada por los cronistas que sepultaban su verdadera personalidad cultural. Su afán es el de resaltar las raíces indígenas, contraposición a lo hispánico, y a la vez establecer una postura crítica frente al racismo imperante de la época. Valiéndose también, como se dijo, de las fuentes de archivo y de su conocimiento etnográfico, les otorga un lugar como sujetos históricos al ahondar de manera especial en su alma, dándoles una voz y recreando el universo de las emociones humanas. Ya no solo se examinan el rol pasivo y el espíritu introspectivo del indio, común en la literatura indígena de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, sino que lo humaniza, para darle un lugar como sujeto en la construcción del Estado nación.

La función de estos relatos alcanza entonces un carácter estético, pero también político, al acercar y hacer familiar la figura del aborígen a un nuevo lector. En sus propias palabras:

Hacer amable al indio. Que esta palabra, para multitud de personas denigrante y para otra cantidad indiferente, llegue a significar: ser humano, igual a nosotros, que tuvo el mérito de vencer fuertes elementos con armas débiles; creó culturas y formó civilizaciones admirables; elevó su espíritu en hermosas concepciones de Dios y expresó su íntimo sentir en obras armoniosas del arte.

Post scriptum

Los años treinta y cuarenta fueron de gran crecimiento intelectual y personal para Gregorio, como fue mencionado en páginas anteriores. No solo se adscribe a los movimientos intelectuales de la época; también es director del Servicio Arqueológico Nacional hasta el año 1944 y realiza las expediciones de La Guajira y Tierradentro que tanto renombre le darían. Estas investigaciones le sirvieron de puente para conocer a Paul Rivet, viajar a Francia y, en definitiva, ampliar sus horizontes académicos.

Una vez regresa a Colombia, en el año 1941, cofunda con Paul Rivet el Instituto Etnológico Nacional como anexo a la Escuela Normal Superior, de la cual Gregorio ya había sido profesor antes de viajar a Francia. El instituto tenía la misión de investigar las áreas arqueológicas y etnográficas más importantes del país. En el año 1942 también contribuyó a la fundación del Instituto Indigenista de Colombia, y en 1946 crea el Instituto

Etnológico del Cauca (adscrito a la Universidad del Cauca) y se radica en la ciudad de Popayán junto con su familia.

Allí se pone en contacto de nuevo con el lugar de sus afectos profesionales: Tierradentro. Imparte clases y recibe con frecuencia visitantes en casa.

Sin embargo, su clara filiación liberal gaitanista, la agudización de la polarización política sucedida tras la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, y sus protestas y posiciones en favor de los indígenas del Cauca, provocan que Gregorio sea objeto de persecución política, llegando incluso a ser víctima de un atentado con una bomba puesta en su casa de Popayán. Todo esto hace que hacia el año de 1950 presente su renuncia al instituto, presionado también por la falta de apoyo de las nuevas directivas de la Universidad del Cauca para continuar con la labor investigativa.

La década de los años cincuenta del siglo pasado fue un periodo difícil. En 1951 se establece en las lomas de Suba, cerca de Bogotá, para dedicarse principalmente a la escritura de diversos artículos que fueron publicados en periódicos y revistas. Asimismo, sigue modelando sus ideas y su férrea defensa del indígena como protagonista en el escenario de la vida nacional. En 1952 promovió la creación de la Sociedad Colombiana de Etnología, como un espacio para mantener discusiones académicas entre las primeras generaciones de etnólogos, formados en el ya mencionado Instituto de Etnología.

Con la llegada del Frente Nacional y la instauración del Gobierno de Alberto Lleras (1958-1962), Hernández de Alba vio por fin materializado su gran sueño en 1960: la creación de la División de Asuntos Indígenas. Esta idea fue acogida por el presidente Alberto Lleras Camargo, a quien Gregorio había expuesto la apremiante necesidad de crear un organismo autónomo, con un presupuesto que fuese destinado a los indígenas para promover diversas acciones en su beneficio, entre ellas la ampliación de sus resguardos.

Uno de los problemas transversales que atendió en esta entidad fue la parcelación de los resguardos indígenas, a lo que el investigador se oponía por ser contraria a la conservación del territorio propio. Gracias a esta labor, Gregorio se erige como una importante figura en la defensa de los derechos indígenas y su inclusión como ciudadanos. Era un convencido de que el ejercicio antropológico llevaría a la formulación de políticas estatales sólidas. Su objetivo era el planteamiento de cambios culturales y económicos que le dieran estabilidad y dignidad al indígena, y aunque esta causa es la más representativa en la última etapa de su vida, vale decir que seguía de cerca la labor de la antropología en el país.

De sus profundas inclinaciones intelectuales, como queda demostrado en su extensa producción bibliográfica, debe destacarse su dominio de temas tan diversos que van desde la arqueología, la antropología biológica y el folclor, hasta la poesía, la geografía y la historia. Durante casi cuatro décadas escribió columnas de opinión en los periódicos El Tiempo, El Liberal de Popayán, El Espectador y La Razón. Además, promovió las publicaciones de la sociedad de Etnología de Colombia y realizó un

programa televisivo¹² poco tiempo después de iniciada la televisión en Colombia, en el año de 1954.

Gregorio murió en Bogotá, en el año de 1973. Hasta sus últimos días mantuvo el entusiasmo por la antropología y la defensa de los pueblos indígenas de Colombia. Para él, la etnología no era únicamente una profesión, sino un estilo de vida que lo acercaba a la Colombia profunda y a la experiencia de nuestros ancestros amerindios del pasado y del presente que aún luchan contra el asedio de sus territorios, a pesar de sus notables logros.

El pasado, nos ha advertido el gran historiador francés Ferdinand Braudel, está más cerca del presente de lo que se piensa. Y los recuerdos de esas dolorosas e injustas experiencias perviven aún en la memoria colectiva de muchos pueblos americanos. *Cuentos de la Conquista* nos abre la posibilidad de comprenderla y también de reflexionar sobre la enseñanza de la historia y de la política de la memoria en Colombia.

Bibliografía

Borja, Jaime. 2002. *Los Indios Medievales de Fray Pedro Aguado*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana

García Botero, Héctor. "Gregorio Hernández de Alba y el Instituto Etnológico Nacional: los años precedentes, 1920-1938", *Baukara, Bitácoras de Antropología e Historia de la Antropología en América Latina* 1 (ene-jun 2012): 19-33. <http://www.humanas.unal.edu.co/baukara/files/5914/5506/1955/Baukara1.pdf>

Hernández Carvajal, María Eugenia. 2013. *Ni con pequeño trabajo, ni con pequeño favor de Dios. Fray Pedro Aguado y fray Antonio de Medrano frente a la conquista del Nuevo Reino de Granada 1550-1582*. Bogotá: Universidad del Rosario.

Hernández de Alba, Carlos. "Gregorio Hernández de Alba, 1904-1973, íntimo", *Baukara, Bitácoras de Antropología e Historia de la Antropología en América Latina* 2, (noviembre 2012): 59-71. <http://www.humanas.unal.edu.co/baukara/files/9714/5506/2033/Baukara2.pdf>

Hernández de Alba, Gregorio. "Arqueología y Educación", *Revista Educación* n.º 20-21 (1935): 167-171.

Hernández de Alba, Gregorio. 2015. *La cultura Arqueológica de San Agustín. Gregorio Hernández de Alba (1904-1973)*. Segunda edición. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

¹² Emitido por el Canal Nacional y grabado en las instalaciones de la Radiotelevisora Nacional.

Perry, Jimena. 2006. *Caminos de la antropología en Colombia: Gregorio Hernández de Alba*. Bogotá: Uniandes, Facultad de Ciencias Sociales, ceso.

Restrepo, Luis Fernando. “De la etnoficción y la literatura indígena. Los *Cuentos de la Conquista* (1937) de Gregorio Hernández de Alba”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 39 (1): 15-27.
<https://uottawa.scholarsportal.info/ottawa/index.php/rceh/issue/view/265>

Reyes, Aura. 2021. “Enlazar para celebrar: hacer posible la exposición arqueológica del IV Centenario de Bogotá”. *Credencial*, febrero 2021.
<https://www.revistacredencial.com/historia/temas/enlazar-para-celebrar-hacer-posible-la-exposicion-arqueologica-del-iv-centenario-de>

Rodríguez, Jenny Marcela. “La República Liberal y el Instituto Etnológico Nacional”. *Baukara, Bitácoras de Antropología e Historia de la Antropología en América Latina*, 1 (Enero-Junio 2012):55-61.
<http://www.humanas.unal.edu.co/baukara/files/5914/5506/1955/Baukara1.pdf>

Motivo

Comenzaba, hace años, a estudiar las historias de la Conquista; esos renglones pesados y preciosos que de las aventuras españolas y de las desventuras de nativos nos dejaron, entre otros, Juan de Castellanos, fray Pedro Simón, Rodríguez Fresle y Aguado. Iniciábame en la visión del hombre americano que surge de esas líneas, mal tratado, por cierto, debido a los orgullos de religión y raza con los que el español se vino a América en el siglo dieciséis y por lo misterioso de estas tierras, nuevas tras cada bosque y sorprendentes al voltear cada loma. Soportaba el cansancio de esas literaturas, cuando el constante adjetivar de necio, bruto, traidor y endemoniado al indio que defiende su vivir de hace siglos, me hizo pensar en la ignorancia que de los sentimientos y mente de los hombres prehispánicos tenemos hoy sus nietos. (Siempre he creído que cuando no un mestizaje de la sangre, sí una influencia de espíritu nos queda del nativo).

Mal conocidas las diversas culturas materiales del poblador antiguo de Colombia, ¿qué sabemos de sus reacciones espirituales? ¿Qué de esos sentimientos fundamentales

como amor y dolor, odio o defensa? ¿Y qué de sus acciones ante los hechos bruscos: sojuzgamiento, cambios de lengua y religión y nuevos afanes económicos?

Cuenta me doy, perfecta, de que tales preguntas están por responder y espero un día, que veo alborear, en que el hombre de ciencia dé a nuestros ojos la visión neta del tiempo, hoy más oscuro, de Colombia y haga brillar las gemas que en el alma del indio enmoheció el descuido y oxidó la incompreensión.

Sentimientos del indio

Entre las páginas nombradas del cronista español hallé episodios que llevaron mi idea hasta esos tiempos de la Conquista, haciéndome reconstruir el origen de un hecho y dándome vislumbres del alma misteriosa de la América antigua. Tal contento me dieron estos ratos de incursión a lo indígena, que quise anotarlos; publiqué luego algunos y me llevó por último el deseo a reunirlos en este libro que quizá dé asidero a estudios serios y contribuya en algo a que cambie el concepto general sobre el indio.

Mis cuentos de la Conquista tienen, todos, un fondo precisamente histórico. Lo que relatan, fue; mas el relato amplía un poco el hecho capital, trata de complementarlo o explicarlo de manera lógica, huyendo en lo posible de anacronismos y también —esta es mi ilusión— de hacerlo amable por la forma de cuento.

Hacer amable al indio. Que esta palabra, para multitud de personas denigrante y para otra cantidad indiferente, llegue a significar: ser humano, igual a nosotros, que tuvo el mérito de vencer fuertes elementos con armas débiles; creó culturas y formó civilizaciones admirables; elevó su espíritu en hermosas concepciones de Dios y expresó su íntimo sentir en obras armoniosas del arte. Y que este mote, que gritan niños y aplican hombres como insulto, sea revaluado en toda su justeza para mejor sentirnos de esta América, es la disculpa con que presento al público mis cuentos y es el mayor apoyo con que espero conseguir su favor.

G. H. de A.

I

Doña Francisquita

¿Cuál fue tu propio nombre, el que te daban en la tribu los yariguíes, el que escogió de entre las plantas más hermosas, las aves, las estrellas que bordearon el cielo de tu tierra, o las mujeres legendarias, tu padre y cacique el Suamacá?

Porque este nombre de doña Francisca, con que ha quedado la crónica de tu vida y tus hechos, no quisiera mentarlo, ¡oh india hermosa y pasional!, pues él, en fuerte antítesis con tu ser mismo, me representa la causa de toda esa tragedia que fue tu vida y coronó tu muerte.

Tenía el grácil rostro, los fuertes brazos, los duros senos y los redondos muslos del color que dejaron muchos siglos de sol en su familia, y hubo de cubrir todo esto con las túnicas que engendran malicia y apetitos.

Había alcanzado ya su mente joven la simple concepción de las costumbres de la tribu e impresionaban ya su espíritu las terribles venganzas de los dioses nativos en quienes faltan a las leyes del amor, y la vida y las ofrendas, cuando empezaron a forzar sus costumbres hacia la serie de movimientos, respetos y obediencias de la sociedad española y a forzar en su espíritu también el sentimiento por los nuevos ritos y creencias que sólo comprendió vagamente cuando tenían algo de dominio, de castigo, de misterio; algo de reminiscencia con los que primero impresionaron su corazón en flor. Tan sólo podía pronunciar cuatro vocablos en lengua de Castilla y comenzaron a acostumbrarla a un nombre exótico: "doña Francisca". ¿Qué extraño, pues, que burlara las leyes de dos morales, de dos fuerzas, una pasiva que sobrevivió en el fondo subconsciente de su raza y otra que actividades diarias le querían infundir? Fuiste, doña Francisca, copia viva de tu nativo suelo que se extiende entre dos ríos: el bullicioso Opón y el Sogamoso remansado y solemne.